

KIERKEGAARD LECTOR DEL *QUIJOTE* EN EL *POSTSCRIPTUM*

MARÍA ELENA MEDINA

Pontificia Universidad Católica, Chile



En el presente trabajo queremos realizar una reflexión sobre la influencia que, tanto el personaje del *Quijote* como la estructura misma de la obra de Cervantes, tienen en la obra kierkegaardiana, en particular, en su libro *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas Filosóficas*. Este libro, que hace parte de su obra completa, se publicó en Copenhague el 28 de febrero de 1846, bajo el seudónimo Johannes Climacus. En ese momento, Kierkegaard contaba con 32 años. Sören Kierkegaard nació en Copenhague el 5 de mayo de 1813 y falleció el 11 de noviembre de 1852 a los 42 años. La categoría más importante de su trabajo filosófico es la categoría del *Enkelte* o individuo existente. En su *Diario* el mismo Kierkegaard resalta esta categoría fundamental de su pensamiento en los siguientes términos: “El “ente” es la categoría a través de la cual deben pasar – desde el punto de vista religioso – el tiempo, la historia, la humanidad. Aquel que no cedió y sucumbió en las Termópilas no estaba tan firme como yo lo estoy en este paso: “El ente”.

En efecto, debía él impedir a las hordas que atravesaran el desfiladero; si penetraban, habría perdido. Mi tarea es, por lo

menos a primera vista, mucho más fácil; me expone menos al peligro de ser pisoteado, pues es la de un humilde servidor que trata en lo posible de ayudar a la turba para que atraviese este desfiladero del “Ente”. Sin embargo, si hubiera de pedir un epitafio para mi tumba, solo pediría el de “Ese Ente”, aunque por ahora la categoría no sea comprendida. Más tarde lo será” (1955: 208-209).

Esta categoría es un llamado a su comunidad danesa por un “cristiano militante, y por una Iglesia militante, que esté siempre en camino de búsqueda hacia la verdad, una Iglesia y un cristiano que no renuncie al espíritu de lucha y la actitud vigilante (...) La equivocación de la Iglesia es creer que la verdad es resultado y no búsqueda” (Suances, 1997: 245-246). El individuo existente kierkegaardiano es apasionado y hace su vida a golpes de decisión.

¿Quién es el Kierkegaard lector del *Quijote*? Difícil pregunta y más difícil aún encontrar una formulación posible a esta pregunta. Por una parte, recordemos que Kierkegaard es en su escritura un poeta, como él mismo se define. Así mismo, está influenciado por el romanticismo y en este sentido lo indica Binetti cuando afirma: “Si efectivamente –como lo asegura la mayor parte de las interpretaciones– Kierkegaard “descubrió lo romántico en él mismo” y “se entendió a sí mismo como un joven romántico alemán”, lo hizo en el sentimiento de su soledad y su desgarramiento más radicales. Desde esta profundidad emerge el individuo singular existente como categoría por antonomasia del pensamiento kierkegaardiano, tan romántica como la forma literaria de su filosofía y la presencia continua de lo estético en el devenir existencial. Kierkegaard se definió a sí mismo como un poeta, cuyo ideal subjetivo reproduce el modelo de la obra de arte y cuyo despliegue interior recorre la *bildung* ético-religiosa de los románticos” (Binetti, 2009, 121).

El *Quijote* es, por su parte, leído por Kierkegaard no una sola vez, sino varias, y lo hace, inicialmente, en el contexto de la lectura que realizan los románticos sobre el libro. Podemos mencionar a Tieck, Schelling y los hermanos Schlegel. Los románticos consideran la obra del *Quijote* como una pieza sobresaliente de la literatura romántica, así como el más importante trabajo en el cual se combinan la seriedad y la parodia de manera magistral (Oubiña, 2009, 15). Kierkegaard bebió de los románticos y fue a su vez también él un romántico en un principio, antes de abandonar el romanticismo por considerarlo lejano a la verdadera pasión de la interioridad. Es importante anotar que la lectura directa del *Quijote* realizada por Kierkegaard la hizo con las dos ediciones del libro que tenía en su biblioteca. La primera fue una traducción al danés realizada por Charlotte Dorotea Biehl, y la segunda la versión alemana de Heine.

En este contexto el *Quijote* fue leído y releído por Kierkegaard en varias ocasiones durante su vida. Varias veces acompañó e iluminó el desarrollo de su propia obra; en este sentido, afirma Oubiña que tanto la figura del Quijote como la estructura misma de la obra de Cervantes influyeron y apoyaron las propias formulaciones kierkegaardianas en algunas ocasiones y en particular en el *Postscriptum*. Su aproximación al *Quijote* va gradualmente madurando y ganando en complejidad. Para Kierkegaard, la figura del Quijote es dinámica; cómica en ocasiones, trágica en otras y en ocasiones tragicómica. En ella también vemos cómo nuestro filósofo se refleja en esta figura de la literatura universal, pues descubre la fuerza de un individuo que en medio de su mundo quiere afirmarse pese a la realidad en la que está inmerso. Encontramos entonces un juego de espejos, en el cual el Quijote puede muy bien identificarse con el pensador especulativo que tanto criticó Kierkegaard, como lo ilustra Suances en el

texto que sigue: “Mi postura la he reflejado a través de mi pseudónimo Johannes Climacus. Este se hizo filósofo poniendo en práctica la duda que otros planteaban solo en el plano del pensamiento. Y esto lo llevó a un callejón sin salida. De ahí la soledad de Johannes Climacus. Por eso llegó un momento en que dejó a los filósofos a un lado y siguió su camino; sacó la conclusión de que, en filosofía, dudar es fundamental, pero dudar existencialmente, no especulativamente como los hegelianos, ni metodológicamente como Descartes; dudar como algo vivo. Al tomar ese camino se encontró desasistido de los maestros que él hubiera deseado tener; le acosó un sentimiento precoz de emancipación que le llenó de angustia; ese es el sentido de su duda. En cambio los hegelianos le dieron un sentido especulativo que despacharon con facilidad en sus cátedras. Por eso la duda no les melló el alma sino que la practicaron solo como profesores. Así la figura del profesor se ha hecho cómica como la del Quijote y desposeída de contenido; los profesores son unos eunucos que se adaptan sin carácter a las exigencias del mundo que les rodea” (Suances, 1998, 34).

En otras ocasiones, sin embargo, el Quijote es aquella figura que lucha contra fuerzas inmensas, habitante de un mundo que no puede comprenderlo, en el cual su figura expresa la soledad. En este contexto el mismo Kierkegaard afirma en uno de sus textos: “A los ojos de mis contemporáneos yo estoy luchando como el Quijote. No pueden comprender que lo que hago es seguir el camino del cristianismo. El Quijote aparece aquí como la encarnación de un ideal en lucha con la realidad. Este es precisamente el ideal romántico” (Oubiña, 2009, 24).

Esta lucha kierkegaardiana, sin embargo, está llena de intensidad vital y existencial, de pasión, como lo expresa Larrañeta en el siguiente texto: “Hay quien confunde el estilo

nostálgico de la época con la desesperanza patológica. Se equivoca. Kierkegaard comparte, en sus primeros escritos, todas las aspiraciones de los románticos. Su melancolía, tan cercana a los sentimientos del romanticismo, quiere retratar la intensidad vital y existencial que encierra la aventura interior, muy semejante al entusiasmo suscitado por las hazañas guerreras de los caballeros” (Larrañeta, 2002, 37).

Pero también se puede afirmar que el Quijote emerge como la perfecta encarnación de la ambivalencia de lo cómico en Kierkegaard. Así, según el punto de vista con el cual se enfoque el problema, se podrá ver como en ocasiones el caballero errante representa al profesor especulativo, o en otros momentos representa también la alta comicidad de un individuo verdaderamente religioso, que cifra en lo cómico el incógnito ante el mundo de lo absurdo. Como podemos ver, se presentan aquí la ambigüedad y el juego de espejos que se dan entre la seriedad y la parodia. Este es un movimiento permanente en el *Postscriptum*, y a los ojos de Kierkegaard, un elemento importante a tener en cuenta, y a seguir también en la obra magistral de Cervantes.

Oubiña afirma que, además de las tres referencias que encontramos en el *Postscriptum* hechas por Kierkegaard al *Quijote*, la estructura misma del *Postscriptum* se elabora en una conexión muy cercana con el propio libro de Cervantes. En este contexto, la locura del Quijote se presenta como una comparación o un paralelo para contrastar con aquella locura que es, para Climacus, creer, de manera histórica, en el propio mérito ético. En un principio son tres las referencias a las que vamos a dedicar nuestra atención:

Encontramos la primera referencia en VII 24:

“(…) El fanatismo de la letra, que en verdad era apasionado, ha desaparecido. Su mérito residía en la pasión de la que venía revestido. En otro sentido, era algo más bien cómico.

Y así como la era de la caballería tocó fin con el *Don Quijote* (la concepción cómica es siempre la concluyente), un poeta que perpetuase cómicamente el romanticismo tragicómico de algún desdichado siervo de la palabra, podría dar también por sentado que la teología literal es cosa del pasado. Dondequiera que se halle la pasión, habrá también romanticismo, y aquel que sea flexible y tenga sentido para la pasión, y que no tenga aprendida de memoria la definición de poesía, podrá encontrar en este personaje una encantadora exaltación, así como cuando una doncella enamorada adorna con artísticas grecas el Evangelio en que ha leído la virtud de su enamoramiento, o justo como cuando una doncella enamorada cuenta los caracteres escritos en la carta que su amado le ha enviado – entonces, él también advertirá lo cómico” (*Postscriptum*, 2008, 35, VII- 24).

Como podemos ver, Kierkegaard resalta en su texto la importancia de la pasión en la vida del existente, la pasión e interioridad que mantiene el personaje de Don Quijote. Esa pasión puede ser vista en ocasiones como locura en el personaje del Quijote, locura simbolizada en seguir una idea fija en un mundo que ha renunciado a la fuerza transformadora de la idea. O en palabras de Kierkegaard, cómo ser contemporáneo de Cristo en mundo dominado por la cristiandad. En otras ocasiones, cuando se gira el prisma kierkegaardiano, el Quijote será también un personaje solitario abandonado por los otros en su lucha que precisamente es incomprendida.

En este sentido, Kierkegaard afirma que “cuando un individuo interesado infinita y apasionadamente en su propia felicidad eterna se involucra con la teoría de la iglesia, de suerte que pretenda fundamentar en ella su felicidad eterna, este sujeto deviene cómico. Sería cómico no por su interés infinito y apasionado – en efecto, este es su lado bueno –, sino porque la objetividad es incongruente con su interés (...) El individuo

es trágico en virtud de su pasión y es cómico en tanto que la invierte en una aproximación” (*Postscriptum*, 2008, 43, VII 32).

Esta contradicción consistiría en el intento de querer ligar la felicidad eterna con la imposibilidad de afirmar algo que solo puede ser visto como una aproximación, es decir, el intento de hacer de la infinita pasión una certeza, pues la pasión es siempre una lucha consigo mismo. Don Quijote lucha con molinos de viento, porque ante todo tiene una lucha consigo mismo, esto es, con el ideal que es su razón de ser. En esta lucha, deviene cómico en la medida en la que el objeto de la pasión deviene un objeto aproximativo. En la pasión infinita no puedo exigir certeza (*Postscriptum*, 44, VII 32).

“El cristianismo es espíritu; el espíritu es interioridad; la interioridad es subjetividad; la subjetividad es esencialmente pasión y, en su más alto nivel, es una pasión infinita y personalmente interesada por su propia felicidad eterna” (*Postscriptum*, 2008, 33, VII-21).

Encontramos la segunda referencia en VII, 113, cuando Kierkegaard está haciendo su formulación sobre la subjetividad y el cómo devenir subjetivo y, para ello, utiliza la metáfora de la lámpara maravillosa. Y nos dice:

“En las fábulas y en los cuentos de hadas se habla acerca de una lámpara conocida como la lámpara maravillosa; cuando se la frota, el espíritu aparece. ¡Broma! Pero la libertad es esta lámpara maravillosa. Cuando alguien la frota con pasión ética, Dios se le aparece. Y observa que el espíritu de la lámpara es siervo (así que desea, tú, cuyo espíritu es deseo) pero quien frota la lámpara maravillosa de la libertad conviértese en siervo – el espíritu es el Señor. Este es el comienzo. Veamos ahora si es posible añadirle algo más a lo ético. De modo que la persona que ha decidido dice: “Lo quiero, *pero* también quiero obtener relevancia histórico-universal – *aber* [pero]”. Así que hay un *aber* y el espíritu se desvanece de nuevo, pues no se ha frotado adecuadamente, y el comienzo

no tiene lugar (...) Me inclino a pensar que el verdadero hombre ético a quien esto ocurriese, si hubiese de hablar de ello, adquiriría una humorística semejanza con Don Quijote. Justo como este caballero que, quizá en pago por sus aspiraciones histórico-universales, fue perseguido por un genio maligno que todo le echó a perder, de forma parecida tendría nuestro sujeto que reconocer que le haría falta un genio que practicara con él su juego, aunque inversamente, pues únicamente los maestros de escuela de poco seso, así como también los genios obtusos, se equivocarían al punto de creer que fueron ellos mismos los causantes de esos efectos, y se olvidarían a sí mismos en el pensamiento de sus grandes consecuencias en la historia universal” (*Postscriptum*, 2008, 139, 140, VII – 112, VII – 113).

Se resalta aquí el elemento indispensable en la vida del existente individual, el riesgo, pues en el momento de la decisión, que es lo verdaderamente importante, no hay certezas. Es como navegar en un mar de 70.000 brazas de profundidad. O lanzarse hacia un abismo insondable. La historia universal y la objetividad no responden a la exigencia ética en la cual se agita el individuo enfrentado en total soledad a la decisión.

Kierkegaard asume también en su lectura del *Quijote* el idealismo de su figura, así como la actitud de lucha contra la simplificación de la actualidad. Así mismo, resalta el paralelismo entre el caballero errante y el auténtico cristiano. En dicha interpretación de la figura de Don Quijote, resalta su seriedad en contraste con la otra mirada en la cual el personaje aparece como una *burlesque*, una burla, es decir, un personaje irónico. Es aquí donde se da el encuentro con los románticos al profundizar en el nivel fundamental de la novela. Es decir, su dimensión espiritual en contraste con la superficie burlesca que la novela esboza (Oubiña, 2009, 25).

Encontramos la tercera referencia en VII 163, cuando Kierkegaard nos habla de la locura:

“Don Quijote es el prototipo de la locura subjetiva en que la pasión de la interioridad se aferra a una idea fija particular y finita. Pero cuando la interioridad está ausente aparece la locura imitadora, la que resulta igualmente cómica, y respecto a la cual sería deseable que un psicólogo de esos que construyen imaginariamente, la ilustrara tomando a un montón de filósofos de este género y juntándolos a todos en un sitio. Cuando la locura es un delirio de interioridad, lo trágico y lo cómico consisten en que aquello que infinitamente le interesa al desafortunado, es un detalle fijo que a nadie más le importa. Pero cuando la locura es ausencia de interioridad, la comicidad consiste en que aquello que recita el bienaventurado es la verdad, verdad que concierne a toda la raza humana pero que no tiene la menor influencia sobre el muy honorable recitante. Esta clase de interioridad es más inhumana que cualquier otra. Uno se estremece al mirar a los ojos del primer loco, pues se teme descubrir la profundidad de su frenético estado, pero yo ni siquiera me atrevería a mirar al otro, pues me daría miedo descubrir que sus ojos no eran reales, sino de vidrio, y sus cabellos hechos de paja, en suma, que no se trataba de un hombre, sino de un producto artificial. Si uno llegara a encontrarse con un perturbado mental de esta especie, cuya enfermedad consiste simplemente en que carece de alma, se le escucharía con frío horror”

(Postscriptum, 2008, 198, VII 163).

En este contexto, Kierkegaard relaciona la locura del Quijote con la noción de una idea fija, finita, tal como el cristianismo lo hace, en lugar de hacerlo con la verdad cristiana, la cual exige del creyente elegir la verdad (Oubiña, 2009, 17). Recordemos que, para Kierkegaard, el individuo se convierte en una excepción; en este sentido podemos afirmar que el Quijote es también una excepción, inmerso en su locura, en la obsesión de la idea fija que lo enfebrecer. Atender a ideas, en un mundo donde a nadie le importa morir o vivir por ellas, es

sin duda algo cómico-trágico; pero tanto la figura del Quijote como la del mismo Sören Kierkegaard son tan excepcionales como potentes, pues son realmente atemporales, ya que la búsqueda de una salvación eterna es también una búsqueda atemporal.

Pero hay otra referencia al *Quijote* distinta a las que encontramos en el *Postscriptum*; esta referencia se encuentra en el *Diario Íntimo* y en ella Kierkegaard afirma:

“Es penoso el error de Cervantes al concluir *Don Quijote* de manera que el héroe recobre el juicio, y que muera luego. ¡Pensar que había tenido la excelente idea de hacerlo convertir en pastor de ovejas! Debió terminar entonces. *Don Quijote* no debe “concluir”; debe ser representado en pleno impulso, de modo que permita descubrir una serie sin fin de nuevas ideas fijas. Don Quijote es infinitamente perfectible en su locura, pero lo único imposible para él (por lo demás en cualquier cosa puede convertirse) es precisamente que recobre la razón. Me parece que Cervantes no era lo bastante dialéctico para dar a la obra la conclusión romántica, que no es conclusión” (1955, 187-188).

En este contexto podemos observar que, el análisis que hace Kierkegaard parte de la posición romántica, tanto en el enfoque con el cual dirige su mirada a la obra de Cervantes, como en particular al personaje del Quijote. Una mirada observa al Quijote que sufre por un ideal, y en lo incomprendido que es por los demás. De la misma forma Kierkegaard se compara o se hace como él cuando nos dice que lo que para el mundo danés resulta algo cómico, es, para el mismo Kierkegaard, el verdadero sufrimiento que causa la decisión por lo infinito (Oubiña, 2009, 24).

Kierkegaard resalta también la posibilidad de reescribir el *Quijote*, haciendo énfasis en su nueva relectura, teniendo en cuenta que el punto concreto sería ahora el hecho de que la importancia de la lectura de libros como un complemento de

la vida ha sido transformada más bien en leer lo máximo posible para así poder hacer el mayor número de referencias, o notas a pie de página (Oubiña, 2009, 18).

Pero, en una etapa posterior, el propio Kierkegaard se plantea la posibilidad de reescribir el *Quijote* de una manera filosófico-teológica. Reaparece aquí la idea de repetir el *Quijote* en un sentido kierkegaardiano. Y surge entonces la pregunta: ¿no será la obra de Climacus – el *Postscriptum* –, esta reescritura en la que estaba pensando Kierkegaard? Como bien lo afirma Kierkegaard en su referencia: La concepción cómica es siempre la concluyente. En este contexto, encontramos un paralelo: entre Cervantes, al manifestar su intención de “querer destruir los fundamentos del edificio construido antes por los libros de caballería”, y la intención kierkegaardiana de hacer lo mismo pero ahora con “los libros de la teología especulativa”, es decir, con el hegelianismo. (Oubiña, 2009, 21). Sin duda, hay también en la escritura de los dos autores una permanente presencia de la sátira; pero en una doble faz, en la cual la seriedad no está, obviamente, excluida. La figura del Quijote tanto en la obra de Cervantes como en la obra kierkegaardiana, está llena de ambigüedad y complejidad, tal y como lo es el existente individuo fáctico que camina por nuestro mundo humano.

En nuestro caminar encontramos dos faros que iluminan nuestra búsqueda, y lo hacen en su condición de humoristas, cómicamente; riéndose de sí mismos y con el lector, o del lector, evidenciando la vacuidad del discurso, para, en su lugar, sugerir el camino de la apropiación existencial, el camino de la decisión, evitando caer en la trampa que acosa al individuo existente de quedarse enredados en otro discurso más. Por una parte Kierkegaard con su joroba y sus piernas torcidas que fue el hazmereír de Copenhague y por la otra la figura del caballero errante, montado en su flaco rocín.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE KIERKEGAARD

[póstumo](1955). *Diario íntimo*. (M.A. Bosco, trad.). Buenos Aires: Santiago Rueda.

[1844-1846](2009). *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*. (N.

Bravo Jordán, trad.). México, D.F.: Universidad Iberoamericana.

OBRAS SOBRE KIERKEGAARD

Binetti, M.J. (2009). Kierkegaard como romántico. *Revista de Filosofía*, 34(1), 119-137.

Larrañeta, R. (2002). *La lupa de Kierkegaard*. Salamanca: San Esteban

Medina, M.E. (2015) *Autenticidad y resolución de la existencia en Kierkegaard y Heidegger. Un estudio comparativo*. Tesis Doctoral. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Oubiña, O. (2009). The valuable contribution of a minor influence. En *Kierkegaard and the renaissance and modern traditions*. Vol 5. Literature, drama and music. Tome III. Ed, John Stuart. Ashgate, Library of congress.

Suances, M.M. (1998). *Soren Kierkegaard. Tomo II: Trayectoria de su pensamiento filosófico*. Cuadernos de la UNED. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Suances, M.M. (1997). *Soren Kierkegaard. Tomo I: Vida de un filósofo atormentado*. Cuadernos de la UNED. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

OBRAS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

[1605](2004)Cervantes, M. *Don Quijote De la Mancha*. Ed. Cuarto Centenario. Real Academia Española.